

*alguna cosa exterior, dice San Agustin, es señal de que no posee á Dios interiormente* <sup>1</sup>.

AFFECTOS.

Voz de regocijo y de salud en las tiendas de los justos. ¿Qué amas? ¿Qué deseas, alma mia? En Dios está cuanto amas, en Dios se halla cuanto deseas <sup>2</sup>. El Señor es todo para mí, para que yo lo goce <sup>3</sup>. Alegrame en ti, de ti, y por ti, ó Dios mio, es la verdadera vida bienaventurada, y no otra <sup>4</sup>.

Padre nuestro, etc., como el primer día.

**DIA XXVII.**

*Todo se dice como el primer día, hasta la siguiente*

**MEDITACION.**

EL CORAZON DE JESUS CENTRO DE UNION DE LOS ÁNGELES  
Y LOS HOMBRES.

PUNTO PRIMERO. Desde el principio del mundo sacó Dios de la nada á ambas criaturas, la angélica y la humana; y aunque la una es mas perfecta que la otra, por ser puramente espiritual, las dos tenían un mismo fin, que era amar y servir á Dios, el ángel en

<sup>1</sup> Soliloq. cap. 30.

<sup>2</sup> Div. Aug. Man. cap. 34.

<sup>3</sup> Clement. Alex. lib. 2. Pædag. cap. 6.

<sup>4</sup> Div. Aug. lib. 10. Conf. cap. 22.

el cielo y el hombre en la tierra; de la cual sería trasladado éste algun día, sin padecer muerte ni pena alguna, reuniéndose los hombres en el paraíso celestial con los espíritus soberanos, y gozando con ellos de la gloria sin fin. ¿Qué amor tan puro se tendrían dos criaturas tan privilegiadas? ¿Qué afecto no vincularía á unos seres, que debían á la pura misericordia de Dios el haber sido criados de la nada, adornados de los dones de la gracia y destinados á la gloria? Pero ¡ó desgracia! una parte de los mismos ángeles, tan favorecidos de Dios, no quiso humillarse ante su Criador, y fué precipitada en el abismo: y el hombre tambien, sacudiendo de sus hombros la ley de amor, que Dios le impuso para probar su fidelidad, fué condenado á morir, cerrándosele la puerta del cielo, y no teniendo en la vida futura participacion con los ángeles, á cuya custodia lo entregara el Sér divino en la presente.

Consumada la apostasía del hombre, parece que debia desaparecer aquel vínculo de caridad, que unía á las dos naturalezas en el amor del Señor que los criara, en quien se amarian todos sus individuos, de cuyo cariño gozarian, y á quien eternamente cantarían con suavísima armonía el mismo himno de gloria. Pero amó Dios al hombre con demasia <sup>2</sup>, y al mandar á su propio Hijo en semejanza de la naturaleza pecadora, para establecer entre lo terreno y lo celestial la armonía rota por la culpa, se hizo este Hijo modelo de caridad, no solo para los hombres, sino tambien para los ángeles: y ya que, por haber imitado á los espíritus malos en el orgullo, se hizo el hombre compañero suyo en las penas, perdiendo la

<sup>1</sup> Ephes. cap. 2. v. 4.

amistad divina y la compañía de los ángeles santos en el cielo, quiso Dios que en su Hijo, que tomaria la naturaleza humana, aprendiesen los Príncipes de la gloria á amar al hombre, y que éste ganase con usuras por la gracia de la redencion, lo que perdió por su propia culpa.

Mas, ¿qué vieron los ángeles en el Hijo de Dios humanado? Sabian estos espíritus, que Dios su Señor trata á los hombres con gran comedimiento <sup>1</sup>: y vieron despues que su Criador y Rey vino á la tierra á servir al hombre y dar su vida por su amor; y comprendieron que, por mucho que ellos lo amarán, no podrian todos juntos amarlo tanto como su Señor lo amaba, ni podrian tampoco competir con su humildad, por mas que quisieran emplearse en los oficios mas abyectos en favor del hombre. Vieron todo esto en aquel, que *es cabeza de todo principado y potestad* <sup>2</sup>, en aquel que, como supremo adalid, combatió con el dragon que turbó la paz del cielo, de donde ellos lo arrojaron: y al contemplar quanto Jesucristo hacia por el hombre, ¿cómo no lo habian de amar? Lo amaron en Jesus, y por Jesus, y para Jesus, y á imitacion de Jesus.

Así, al ejecutar entre los hombres los mandatos de Dios, cuando los envia *para ministerio, en favor de aquellos, que han de recibir la herencia de la salud* <sup>3</sup>, no solo son afables, benignos y caritativos, sino humildes y respetuosos. ¿Con qué cariño no se acercan á la tienda de Abraham <sup>4</sup>, que ha de ser, segun la carne, padre de su Rey y Señor, y segun el espíritu, de quantos han de alcanzar por la fe las

<sup>1</sup> Sap. cap. 12. v. 18.

<sup>3</sup> Hebr. cap. 1. v. 14.

<sup>2</sup> Colos. cap. 2. v. 10.

<sup>4</sup> Genes. cap. 18. v. 9.

promesas divinas? ¿Con qué órden y presteza salen al encuentro de Jacob, para escoltarlo cuando teme ser atacado? <sup>1</sup> ¿Con cuánta reverencia no se postra ante una doncella, y la saluda aquel Príncipe del cielo, á quien ha mandado Dios, que vaya á pedirla su consentimiento para ser Madre de su Hijo? <sup>2</sup> Grande es por cierto la dignidad de estos espíritus y asombrosa su dignacion; pero es infinita la caridad del Corazon de Jesus, que se dignó amarnos, y mandó á sus ángeles, que vigilasen sobre cada uno de nosotros, y nos acompañasen en todas partes, mirándonos como una propiedad suya. Demos gracias cada dia al Señor por este beneficio, y huyamos del pecado, no faltando á la reverencia al santo angel que nos guarda, y nos ama, porque Jesus nos amó y lavó de las culpas con su sangre <sup>3</sup>.

PUNTO SEGUNDO. Aunque los santos ángeles no tuvieron necesidad de la gracia de la redencion para ser felices para siempre, por haber permanecido fieles á Dios en la que les dió al criarlos, siendo aquella exclusivamente para el hombre, ¿cuántos cánticos de alabanza no dan al Señor, por haberse dignado redimir al linaje humano? Y no sin motivo: porque Jesucristo, al derramar su preciosa sangre, ha pacificado por ella á quantos séres espirituales hay en los cielos y en la tierra <sup>4</sup>, siendo desde entonces toda la humanidad una gran familia, que tiene á Dios por Padre, y á sus ángeles por amigos y compañeros, unidos en una misma cabeza, que es Jesucristo. Y si con su muerte ha merecido Jesus á los hombres la gracia, la gloria y la victoria sobre la

<sup>1</sup> Ibid. cap. 32. v. 1.

<sup>3</sup> Apoc. cap. 1. v. 5.

<sup>2</sup> Luc. cap. 1. v. 28.

<sup>4</sup> Colos. cap. 1. v. 20.

misma muerte, ¿cuántas alegrías no ha causado á los espíritus soberanos con su encarnacion, su nacimiento y su resurreccion?

Desde que el Hijo de Dios se hace hombre, empieza un nuevo órden de cosas, en el cual resplandecen la sabiduría y la misericordia del Sér divino, que sublima la naturaleza humana á una honra, que no fuera concedida á los serafines. Un hijo de Adan unido á la naturaleza increada se sienta á la diestra del Eterno Padre, teniendo en su mano el imperio de los cielos, de la tierra y de los abismos, y recibiendo homenajes de humilde adoracion de todas las gerarquías del empíreo: la Virgen que lo engendra en su seno sacratísimo, excede á los serafines en amor, á los querubines en sabiduría, á los tronos en sublimidad, á las virtudes en poder, y á los arcángeles en dignidad, siendo Reina y Señora de todos: todos los demás hombres son hijos de Dios, herederos de su gloria, coherederos de Cristo. ¡Qué asombro para los ángeles, dotados de un entendimiento perspicacísimo, al contemplar las relaciones de amor, que ligan á una criatura inferior á ellos, con Aquel á quien adoran sin cesar, no atreviéndose casi á mirar su trono de luz eterna é inaccesible! ¡Qué alegría, al mismo tiempo, al considerar que la caridad y la humildad de su Rey ha restaurado sus pérdidas <sup>1</sup>, y al ver que el linaje humano es asociado á los gozos eternos del paraíso, donde alaben juntos al Señor!

Eleveemos nuestros corazones en alas de la fe, y

<sup>1</sup> Humilitas omnibus attulit utilitatem, angelis restaurationem, hominibus reconciliationem, captivis inferni liberationem. (Div. Bern. Sen. t. 3. Serm. 3. de B. V.)

contemplemos á Jesus conversando con los hombres, y reinando en el cielo con su Padre. ¡Qué espectáculo tan sublime para los ángeles! ¡Qué éxtasis tan indefinible! Ven que el Corazon de su Rey es un volcan de amor hácia los hombres, que se entrega en comida y bebida, que permite que la lanza cruel le atraviese, para dar por ellos, hasta las últimas gotas de sangre que le quedan. ¿Qué ideas tendrian estos espíritus, y qué deseos los animarian, al ser testigos de tan inefable bondad? ¡Ah! Envidiarían casi la suerte de los hombres, al verlos amados de aquel Corazon, que ellos adoran sin cesar, y alimentados con el pan divino, cuya sola vista les hace á ellos bienaventurados. Y en el cielo mismo no cesa su asombro, cuando el Cordero, ante quien se postran sin cesar, muestra á su Padre el Corazon herido, para que tenga piedad de los mortales desgraciados.

Así es que, apenas empiezan á cumplirse los misterios de la redencion, se dejan ver de los hombres de una manera nueva y sorprendente, desprendiéndose de los cielos á millares, rodeados de suave luz y modulando himnos de gloria, en los cuales dan loor al Altísimo en los cielos, y desean paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. Y cuando Jesus ha triunfado de la muerte, se mezclan con los discípulos, vestidos de blancos ropages, y despidiendo luces como el sol. ¡Ah! ¿Qué pasa de nuevo entre los ángeles? Se alegran, porque se llena su número en el cielo: se gozan, porque somos elevados con ellos á la inmortalidad: solemnizan el día de gozo, comun á los cielos y á la tierra, á los ángeles y á los hombres, porque puede decirseles ya á estos: *No sois ya extranjeros y advenedizos en la casa*

*de Dios, sino domésticos suyos y ciudadanos de los santos* <sup>1</sup>, *pues os habeis llegado al monte Sion, á la ciudad de Dios vivo, y á la compañía de muchos millares de ángeles* <sup>2</sup>. O Corazon amantísimo y piadosísimo de Jesus, ya que con tu infinita caridad nos has reconciliado con tu Padre, y unido en vínculo de paz con los príncipes de tu alcázar soberano, completa en nosotros la obra de tu amor, dándonos la gracia para perseverar con fidelidad hasta el fin en tu santo servicio, para tener la dicha de adorarte y bendecirte para siempre con los serafines. Entre tanto, nosotros no echemos jamás en olvido, que estamos siempre en presencia de nuestro ángel custodio, para no hacer delante de él, lo que no haríamos á la vista de ningun hombre.

## EJEMPLO.

Hallábase en cierta ocasion el seráfico Padre San Francisco de Asís extremadamente desconsolado por los muchos dolores que padecia, y no le dejaban repósar ni hacer oracion: y deseando tener algun alivio, suplicó á uno de sus discípulos que tañese por algunos momentos un laud: mas el religioso, que habia sido en el siglo gran trovador, se excusó con humildad, no queriendo volver á tocar un instrumento, que le habia servido entre los mundanos de medio de adquirir una vana estimacion, y dejó al santo tan angustiado como antes. Pero aquel que consuela á los humildes, proveyó á la necesidad de su siervo: pues al poco, se llenó la pobre celda de espíritus soberanos, quienes al son de doradas arpas,

<sup>1</sup> Ephes. cap. 2. v. 19.<sup>2</sup> Hebr. cap. 12. v. 22.

acompañado de voces melodiosas, empezaron á modular himnos al Altísimo, proporcionando al doliente alivio corporal y consuelo espiritual.

## MÁXIMAS.

Al leer estos hechos, seguramente que envidiamos la suerte que cupo á este santo; pero consideremos al mismo tiempo, que San Francisco vivia en una continua meditacion del amor del Corazon de Jesus, y lloraba dia y noche lo mucho que habia padecido por salvarnos, mortificando además su cuerpo por parecerse á su amado, y huyendo de dar la mas mínima satisfaccion á los sentidos: porque no es posible gozar de los placeres de la carne, de las disipaciones del mundo y de sus vanidades, y tener las alegrías espirituales; pues no crecen las rosas de la santidad, sino entre las espinas de la mortificacion, ni se halla la fragante azucena de la pureza, sino junto á las aguas de la penitencia. Nuestro ángel custodio nos dice sin cesar: *Huye, hija de Sion, de la tierra del aquilon: sal de la ciudad de Babilonia* <sup>1</sup>. ¿Seguimos sus inspiraciones?

## PROPÓSITOS Y AFECTOS.

O dulcísimo Jesus ¡cuántas veces por mis pecados he contristado tu Corazon, y ahuyentado de mi lado á los ángeles! Pero yo te doy gracias, por que has herido mi alma con el dardo del dolor de haberte

<sup>1</sup> Zach. cap. 2. v. 6.

ofendido. *Te bendeciré en presencia de tus ángeles y te alabaré, ó Dios mio; te adoraré en tu santo templo y ensalzaré tu nombre* <sup>1</sup>.

Padre nuestro, etc., como el primer dia.

## DIA XXVIII.

*Todo se dirá como el primer dia, hasta la siguiente*

### MEDITACION.

EL CORAZON DE JESUS GLORIA DE LOS SANTOS.

PUNTO PRIMERO. Grandiosas, y sobre manera admirables, son las palabras que Jesucristo dirige á su divino Padre en presencia de sus discípulos, en el momento supremo que va á poner término á su trato con los hombres en carne mortal, entregándose él mismo á sus enemigos, para morir y redimir al mundo. Era tanto el amor que tenia á los hombres, que quiso humillarse, hasta el extremo de darles cuenta de la exactitud, con que habia llenado cuanto le habia mandado su Padre: y como embajador de la justicia y la paz que trajera al mundo, y mediador entre Dios y los hombres, al despedirse de ellos para volver á su Padre, expone en presencia de este, á quien vuelve, y de aquellos de quienes va á separarse, que ha cumplido su mision, y ha dado á los hombres todo lo que habia decretado darles. *Padre, dice, llegó la hora: he manifestado tu nombre á los*

<sup>1</sup> Psalm. 137. v. 1.

*hombres, que me diste del mundo. Eran tuyos, y me los distes á mí, y guardaron tu palabra. Yo les he dado la gloria que tú me diste* <sup>1</sup>.

¡Palabras admirables, que compendian el objeto de cuanto ha hecho Jesus por los hombres, y la dignidad inefable, á que estos han sido elevados! Declara Jesus en presencia de los cielos y de la tierra, que ha trasladado á los corazones de los hombres los secretos de amor que encerraba en el suyo, dándoles una gloria incorruptible y eterna, pues tiene esta su origen en la misma esencia divina, habiéndola dado el Padre á su Hijo, por naturaleza, y este á los hombres por gracia. Y es esta gloria la prerogativa, que ha conferido á cuantos crean en él, de poseer por gracia y adopcion la filiacion divina, que Jesucristo tiene por esencia y naturaleza, consistiendo en esto la suma de aquella infinita caridad que Dios nos ha mostrado, no solo llamándonos, sino haciéndonos en realidad hijos suyos <sup>2</sup>.

Toda esta gloria tenia reservada Jesucristo en su Corazon para los predestinados: y no parece sino que, por particular disposicion de su amorosa providencia, dejó para los últimos momentos de su trato con los hombres el manifestársela con tanta claridad, para que quedara profundamente grabada en sus corazones. Porque de este modo, cuando el mundo los persiguiese, se acordarian de que no cabria jamás á los hijos adoptivos mejor suerte entre los mundanos, que la que habia tenido el Hijo natural y consubstancial de Dios; y despreciarian todos los contratiempos y adversidades, por tal de conservar esta gloria, que el mismo Dios les habia

<sup>1</sup> Joan. cap. 17. vv. 6. 22.

<sup>2</sup> 1.<sup>a</sup> Joan. cap. 3. v. 1.

comunicado. Y en verdad, ¿quién podrá comprender la naturaleza de esta gloria, medir su extension, y estimar en su justo valor todo el precio que encierra? Tiene su principio en el amor que nos profesa el tierno Corazon de Jesus, y esto es bastante para extasiar no solo al entendimiento humano, sino al angélico. Porque, dice Jesucristo que *nos ama á nosotros, así como su Padre lo ha amado á Él* <sup>1</sup>. ¡Ah! si alguno puede comprender todo lo que ha recibido Jesucristo de su Padre en fuerza de este amor, podrá calcular cuánta es la gloria que nos resulta en virtud del amor, que Jesus nos tiene. Nos quita la mancha de la culpa primera, nos adorna de la estola de la gracia, nos hace participantes de la divinidad, nos da derecho á la gloria, y nos salva de la muerte temporal y eterna. ¿Puede dársenos mas?

¡Ah! ¡Qué sólida es esta gloria, qué sublime por su origen y qué estimable por sus resultados! Está fundada en la palabra de Dios, y no puede faltar; está depositada en el Corazon de su Hijo, y no puede perecer; tiene por objeto la dicha temporal y eterna del hombre, y no puede menos de llegar, porque es Dios fiel en sus promesas. Sin distinguir de personas, da Jesucristo esta gloria á todo hombre que viene á este mundo, con tal que lo reciba creyendo en él y humillándose como pecador: porque, en su presencia, no hay mas ignominia, que el pecado; ni mas innobilidad que la soberbia; ni mas infamia, que la obstinacion y el desprecio del amor divino.

O amor adorable de Jesus, que de esclavos haces libres, de siervos hijos y de precitos predestinados.

<sup>1</sup> Joann. cap. 15. v. 9.

¿Quién podrá alabarte dignamente? ¿Cuán pocos son los que corresponden debidamente á la gloria que nos has dado, de hacernos hermanos tuyos, hijos adoptivos de tu Padre, y queridos de tu Espíritu! Pero, gloriense en sus coronas los monarcas y en sus riquezas los mundanos; pues nosotros, que somos por tu bondad el *linaje escogido, el sacerdocio real, gente santa y pueblo de adquisicion* <sup>1</sup>, habiendo tenido la entrada por la fe y la caridad en el consorcio de tu amor, nos gloriamos en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios <sup>2</sup>.

PUNTO SEGUNDO. No quiso Jesucristo separarse de los hombres, sin dejarles una prenda, que les asegurara que se habia de cumplir cuanto les habia prometido, fundándola en el amor que su Padre les tenia, y en el que éste le tenia á él mismo; y sería este amor el vínculo que uniria á los hombres con Dios en el tiempo y en la eternidad. Así, no se contenta con descubrir á sus discípulos, que les habia dado la gloria de ser hijos de Dios por adopcion, sino que les manifiesta tambien las consecuencias de esta gloria. Medianero siempre entre Dios y el mundo, ruega á su Padre que conceda á los hombres la posesion de lo que él tiene por naturaleza; y ya que, desde antes que fuese criada ninguna cosa, tenia Él la gloria de ser su Hijo, y habia decretado que el cuerpo y alma que habia tomado, se sentasen en su mismo trono á la diestra de Aquel, queria que los hombres, sus hermanos, fuesen testigos de esta gloria, y se gozasen en ella. *Padre, dice, quiero que aquellos que me diste, estén conmigo en donde yo*

<sup>1</sup> 1.<sup>a</sup> Petr. cap. 2. v. 9.

<sup>2</sup> Rom. cap. 5. v. 2.

*estoy, para que vean mi gloria que tú me diste, pues me amaste antes de la constitucion del mundo* <sup>1</sup>.

¡O caridad, ó munificencia propia solo de Dios! Da Jesus su palabra pública y solemne, y asidos á ella sus discípulos como á áncora segura, vivirán, como por anticipacion, por medio de la fe y la caridad, en aquella mansion donde entró Jesucristo su precursor. ¿Podrá alguno comprender qué dicha es esta que reserva el amante Corazon de Jesus, para darla á sus creyentes en la otra vida? No, porque *no subió al corazon humano lo que Dios tiene preparado á los que le aman* <sup>2</sup>. Pero ¿podrá dudarse de que ha de llegar el momento de poseer esta gloria? Tampoco, pues Jesucristo ha dicho al retirarse de entre los hombres, que va al cielo á prepararles el lugar; mas, que volverá y tomará á cada uno consigo, y lo llevará á donde Él está <sup>3</sup>. Es decir, que á la filiacion adoptiva de hijo de Dios se sigue necesariamente el ser coherederos de Cristo, si perseveramos unidos á Él en fe y caridad, siendo la adopcion, no una cosa transitoria, sino perpétua, porque así lo quiere Jesucristo, así se lo ha pedido á su Padre, y así se lo ha concedido este <sup>4</sup>.

Toda la gloria de los escogidos está depositada en el amante Corazon de Jesus, pues Él es quien con su sangre preciosa nos ha merecido aquella fe, con que creemos los misterios divinos, aquella esperanza que nos fortifica en las borrascas de la vida, y aquella caridad, que nos hace hijos de Dios, y

<sup>1</sup> Joann. cap. 17. v. 24.

<sup>2</sup> 1.<sup>a</sup> Corint. cap. 2. v. 9.    <sup>3</sup> Joann. cap. 14. v. 24.

<sup>4</sup> Volo, ut ubi sum ego, et illi sint mecum, ut videant claritatem meam, quam dedisti mihi. (Joan. cap. 17. v. 24.)

que no reconoce fin, durando esta caridad, si perseveramos hasta el fin, tanto cuanto dure Aquel, que nos la infunde en los corazones. *El que venciere, ha dicho el mismo, recibirá de mí un nombre nuevo, que nadie sabe sino quien lo recibe* <sup>1</sup>, *lo haré columna en el templo de mi Dios, le daré potestad sobre las gentes, y haré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono* <sup>2</sup>. *Quien me confesare entre los hombres, yo también confesaré su nombre, y lo pronunciaré delante de mi Padre, que está en los cielos* <sup>3</sup>. Y pensémoslo bien: no hay otra gloria sino esta, como el mismo que la promete y la da, dijo á sus discípulos: podremos pisotear las serpientes y los escorpiones, y hollar todo el poder del enemigo: pero no nos hemos de gozar, porque los espíritus nos estén sujetos, sino en que nuestros nombres estén escritos en los cielos <sup>4</sup>.

¡Ah! Es propio del amor desear al objeto amado todo el bien posible: y por eso, amando Jesus á los escogidos con amor infinito, y pudiéndoles proporcionar una gloria infinita, se complace en ofrecérsela y dársela en su propio Corazon, teniéndoles eternamente á su lado y sentándolos á su mesa, en el convite imperecedero de los moradores del cielo. ¡Qué gloria tan beatificadora, qué bien tan inestimable! Pero fijemos la atencion en lo que dice Jesus á sus discípulos, á saber: que *dispone del reino para ellos, como su Padre lo ha dispuesto para Él* <sup>5</sup>. ¿Cuánto no se humilló Jesucristo, para ganar el nombre, ante

<sup>1</sup> Apocalip. cap. 2. v. 17.    <sup>2</sup> Id. cap. 3. v. 21.

<sup>3</sup> Matth. cap. 8. v. 32.    <sup>4</sup> Luc. cap. 10. v. 20.

<sup>5</sup> Luc. cap. 22. v. 29.

el cual se postra toda criatura? ¿Cuánto no padeció y sufrió para entrar en su gloria? Pues persuádmonos, de que solo con la humildad entenderemos el valor de la adopción que Jesús nos mereció, y procuremos conservar en la tierra la gloria de ser hijos de Dios, y no nos olvidemos de que solo *reinaremos con Cristo, si ahora padecemos como Él* <sup>1</sup>.

## MÁXIMAS.

Como los Santos tenían tan alto conocimiento de lo mucho que vale la adopción divina, y entendían que el que mas padece por Jesucristo, está mas cierto de poseer la gloria de ser hijo de Dios, no tenían mayor satisfacción, que la de verse perseguidos, despreciados y olvidados de todos, sabiendo que en el otro mundo está depositada su corona. Así, habiendo un día el mismo Jesucristo preguntado á San Juan de la Cruz, qué premio quería por tantos trabajos como había padecido por su honor, no le dió mas respuesta que esta: *Señor, deseo que me recompenseis, enviándome padecimientos y desprecios por vuestro amor.* ¡Ah! Es tan suave el yugo del Señor para quien lo ama, que cuanto mas padece por Jesucristo, mas desea sufrir y padecer.

## MÁXIMAS Y PROPÓSITOS.

*Porque el Señor miró la bajeza de su esclava, decia la Madre de Dios, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones* <sup>2</sup>. *Me complazco, decia San Pablo, en las afrentas y en las adversidades por Cris-*

<sup>1</sup> Rom. cap. 8. v. 7.

<sup>2</sup> Luc. cap. 1. v. 48.

*to* <sup>1</sup>. *Gracia y paz cumplida*, exclama San Pedro, *sea en vosotros en el conocimiento de Jesucristo, por el cual nos ha dado Dios grandes y preciosas promesas, para que por ellas seáis hechos participantes de la naturaleza divina, huyendo de la concupiscencia del mundo* <sup>2</sup>. ¡Ah! Era esta la gloria de los Santos, ser humildes, padecer por Cristo, gozarse en la sublime prerogativa de la filiación divina, y anonadarse cada día mas en presencia del Señor. Imitémoslos por tanto, prometiendo al Corazón de Jesús no desear ni buscar amistades mundanas, ni honores terrenos, ni dignidad alguna, creyendo que es una honra indecible el profesar la fe de Jesucristo, y lo es mayor el padecer por él.

## AFECTOS.

O amantísimo Jesús, tú eres tan elevado, y te dignas descender á los humildes: yo soy polvo y ceniza, y no he apreciado tu bondad, vilipendiando tus finezas por los amores vanos de las criaturas. ¡Ah, Señor! Perdona mi ingratitud, y oye mis gemidos de dolor. *Dios mio, Señor mio, esperanza mia y gozo de mi corazón, te pido que me concedas lo que me has prometido, para que mi alegría sea ahora grande en la esperanza, y cumplida despues en la posesion de tu amor y tu gloria* <sup>3</sup>.

Padre nuestro, etc., como el primer día.

<sup>1</sup> 2.<sup>a</sup> Corint. cap. 12. v. 10.    <sup>2</sup> 2.<sup>a</sup> Petr. cap. 1. vv. 2. 4.

<sup>3</sup> Div. Aug. Man.